

UNA BREVE HISTORIA
de la
BORRACHERA

MARK FORSYTH

Traducción de
Constanza Gutiérrez

Ariel

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta - Chile

Título original: *A Short History of Drunkenness*

Diseño gráfico: Ian Campbell

Fotografía del autor: © Andrea Colville

© 2017, Mark Forsyth

© 2017, Viking Penguin Random House UK.

© 2019, Traducción: Constanza Gutiérrez

© 2019, Editorial Planeta Chilena S.A. - Santiago de Chile, Chile

Derechos reservados

© 2019, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial ARIEL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición impresa en Chile: febrero de 2019

ISBN: 978-956-360-551-8

Primera edición impresa en México: abril de 2019

ISBN: 978-607-747-680-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeM-Pro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México —*Printed in Mexico*

Índice

Introducción.....	9
1- Evolución	15
2- La prehistoria de la bebida	25
3- Los bares sumerios	31
4- El antiguo Egipto.....	45
5- El simposio griego	57
6- Beber en la antigua China.....	69
7- La Biblia	77
8- El <i>convivium</i> romano	87
9- La Edad Oscura.....	99
10- Beber en el Medio Oriente.....	109
11- El <i>sumbl</i> vikingo.....	123
12- La casa de la <i>ale</i> medieval.....	135
13- Los aztecas.....	147
14- La moda del gin	155
15- Australia.....	171
16- El <i>saloon</i> del Lejano Oeste	183
17- Rusia	201
18- La Prohibición.....	211
Epílogo.....	225
Bibliografía.....	231
Agradecimientos	239

Introducción

Me temo que, en realidad, no sé lo que es la borrachera. Esta puede parecer una confesión extraña para un tipo que está por escribir la historia de la borrachera, pero, siendo honesto, si los autores dejaran que una cosa insignificante como la ignorancia les impidiera escribir, las librerías estarían vacías. Y, de todas maneras, tengo una noción. He estado llevando a cabo extensas y empíricas investigaciones respecto de la borrachera desde la tierna edad de catorce años. De alguna manera, me gusta pensar que soy una suerte de San Agustín moderno preguntándose qué es el tiempo: “Si nadie me pregunta, ya sé lo que es. Pero si quiero explicárselo a alguien, no tengo idea”. Sustituyan la palabra “borrachera” por “tiempo” y tendrán mi santa posición.

Soy consciente de algunos hechos médicos básicos. Dos gin con tónica perjudicarán tus reflejos; una docena, o por ahí, te reencontrará con tu almuerzo y te hará muy difícil el ponerte de pie, y un número desconocido, el que no voy a investigar, te matará. Pero eso no es lo que conocemos (en una manera agustina) como borrachera. Ciertamente, si un alien tocara mi puerta y me preguntara por qué la gente esparcida en este peculiar planeta sigue bebiendo alcohol, yo no respondería “Ah, es solo para perjudicar nuestros reflejos. Básicamente,

es para no ser tan buenos en el pimpón”. Esa es otra mentira que suele salir en esta conversación: que el alcohol disminuye tus inhibiciones. Nada más alejado de la verdad. Cuando estoy entonado hago todo tipo de cosas que nunca he querido estando sobrio. Puedo hablar por horas con gente que sobrio consideraría tediosa. Recuerdo una vez en la que me asomé por la ventana de un departamento en Camden Town agitando un crucifijo y diciéndoles a los transeúntes que debían arrepentirse. Esto no es algo que desearía hacer cuando estoy sobrio, pero es algo para lo que no tendría coraje.

De todos modos, algunos efectos del alcohol no son causados por el alcohol. Es muy fácil sostener una cerveza cero alcohol sin decirle a la gente que no lo tiene, entonces puedes observar al resto mientras bebe, y tomar notas. Los sociólogos lo hacen todo el tiempo, y los resultados son consistentes y conclusivos. Primero, no puedes confiar en un sociólogo en un bar. Deberían ser vistos como halcones. Segundo, si vienes de una cultura en la que se cree que el alcohol te vuelve agresivo, te pones agresivo. Si vienes de una cultura donde se supone que te vuelve religioso, eres todo religión. Incluso puedes cambiar entre una fiesta y otra. Si los tortuosos sociólogos anuncian que están investigando sobre el licor y la libido, todos se ponen libidinosos; si dicen que es sobre canciones, repentinamente todos se largan a cantar.

La gente incluso altera su comportamiento dependiendo del tipo de licor que cree que está bebiendo. Aun cuando el ingrediente activo —etanol— es idéntico, cambiarán su comportamiento dependiendo de los orígenes y las asociaciones culturales de la bebida alcohólica en cuestión. Los ingleses son muy propensos a ponerse agresivos después de unas pocas pintas de lager, pero dales vino —que es asociado con pertenecer a la clase alta y con Francia— y se volverán recatados, urbanos y, en casos más serios, hasta les brotará una boina.

Algunas personas se enojan mucho si les dices esto. Insisten en que el alcohol provoca lo que sea que no les gusta, digamos la violencia. Si señalas que en las culturas en las que se ha prohibido el alcohol la violencia persiste, se aclaran la garganta haciendo mucho ruido. Si señalo, y puedo hacerlo, que bebo mucho más que la mayoría, pero no he golpeado a nadie desde que tenía ocho años (antes de que los tóxicos licores hubiesen tocado mis pacíficos labios), responden “Bueno, sí, pero ¿y la otra gente?”. Siempre es la otra gente, maldita gente. La otra gente es el infierno. Pero la mayoría de las personas pueden beber toda la tarde en una cena tranquila sin acuchillar al invitado a su derecha.

En el caso poco común de que fueras enviado repentinamente a otro lugar y otro tiempo, un egipcio antiguo probablemente estaría muy sorprendido de que no estés bebiendo para recibir una visión de una diosa con cabeza de león. Y un chamán del neolítico se preguntaría por qué no estás comunicándote con tus ancestros. Y un suri etíope probablemente te preguntaría por qué no has empezado a trabajar todavía. Eso es lo que hacen los suri cuando trabajan. Como reza el dicho “Donde no hay cerveza, no hay trabajo”. Solo como dato técnico incidental, a esto se le llama bebida de transición: beber para marcar el paso de un momento del día al otro. En Inglaterra bebemos porque terminamos de trabajar, los suri beben porque empezaron a hacerlo.

Para poner esto de otra forma, cuando Margaret Thatcher murió, no la enterraron con sus botellas de vino y nosotros creemos que eso es normal. De hecho, nos hubiese parecido raro que fuese así. Pero nosotros somos los extraños, nosotros somos los bichos raros, los excéntricos. Durante la mayor parte de la historia humana conocida, los líderes políticos han sido enterrados con todo lo necesario para una buena y caótica fiesta *post-mortem*. Esto se remonta hasta el rey Midas,

pasando por las protodinastías egipcias, los chamanes de la antigua China y, claro que sí, los vikingos. Incluso aquellos que dejaron de respirar hace ya mucho tiempo gustan de beber de vez en cuando, si no pregúntenle a la tribu Tiriki, de Kenia, que deja cerveza en las tumbas de sus antepasados (solo por si acaso).

La borrachera es casi universal. Casi todas las culturas del mundo tienen su bebida alcohólica. Los únicos que no eran tan entusiastas —Norteamérica y Australia— fueron colonizados por otros que sí. Y cada vez, en cada lugar, la borrachera ha sido una cosa distinta. Es una celebración, un ritual, una excusa para golpear a otros, una manera de tomar decisiones o ratificar contratos y mil otras prácticas peculiares. Cuando los antiguos persas tenían que tomar una decisión política importante, la discutían dos veces: una borrachos y otra sobrios. Si llegaban a la misma conclusión en ambos debates, actuaban.

De eso se trata este libro. No es sobre el alcohol *per se*, es sobre la borrachera: sobre sus trampas y dioses. Desde Ninkasi, la diosa sumeria de la cerveza, a los cuatrocientos conejos borrachos de México.

Un par de puntos deben ser aclarados antes de comenzar. Primero, esta es una historia *breve*. Una historia de la borrachera completa sería una historia de la humanidad y eso requeriría mucho papel. En su lugar, he decidido elegir ciertos puntos de la historia para ver cómo se emborrachaba la gente. ¿Cómo era estar en una taberna del viejo oeste, en una cervecería inglesa del medioevo o en un simposio griego? ¿Qué tenía que hacer una chica egipcia cuando quería salir a beber? Por supuesto, cada tarde es diferente, pero es posible tener una buena, aunque confusa, noción.

Los libros de historia gustan de contar que este o aquel estaban borrachos, pero no explican la minucia. ¿Dónde fue? ¿Con quién? ¿A qué hora del día? Beber siempre ha estado

regido por reglas, pero estas rara vez están escritas. En la Breña de hoy, por ejemplo, aunque la ley no esté fijada en ninguna parte, absolutamente todos saben que no debes beber antes de mediodía, excepto, por alguna razón, en aeropuertos y partidos de cricket.

Pero en el medio de las reglas está la ingobernable borrachera. Es la anarquista de la fiesta. Ella (me imagino que es “ella”: las deidades de la borrachera suelen serlo) es a quien quiero mirar. Idealmente me gustaría arrestarla y tomarle una foto. Así, cuando un curioso alienígena viniera a preguntarme qué es la borrachera, al menos tendría algo que mostrar. Pero no estoy seguro de que eso sea posible.

Capítulo 1

Evolución

*Debemos recordar que las leyes de la naturaleza
Son generalmente juiciosas
Y en todas partes, por alguna buena razón,
Se encuentra algo de alcohol.
Hay alcohol en la planta y en el árbol
Debe ser el plan de la naturaleza
Que deba haber, en un grado justo,
Un poco de alcohol en el hombre.
A.P. HERBERT (1956)*

Antes de ser humanos, fuimos bebedores. El alcohol existe naturalmente y siempre lo ha hecho. Cuando comenzó la vida, hace cuatro billones y algo de años, ya había microbios de una sola célula nadando felizmente en el caldo primordial, bebiendo azúcares simples y excretando etanol y dióxido de carbono. Básicamente, estaban meando cerveza.

Afortunadamente, la vida progresó y tuvimos árboles y frutas, y la fruta, si se la deja pudrir, se fermenta de manera natural. La fermentación produce azúcar y alcohol, y las moscas de la fruta la buscan y la engullen. No se sabe bien si las

moscas de la fruta se emborrachan de una manera comprensible para los humanos; lamentablemente, están incapacitadas para hablar, cantar o conducir automóviles. Todo lo que sabemos es que si los avances románticos de un macho de mosca de la fruta son despreciados por una cruel y desdeñosa hembra, su consumo de alcohol aumenta drásticamente.

Por desgracia para los animales, el alcohol no aparece naturalmente en las cantidades necesarias como para una fiesta propiamente dicha. Bueno, a veces sí. Hay una isla de Panamá donde el mono aullador de manto puede festejar felizmente con el fruto caído del *Astrocaryum* (4,5% ABV)*. Entonces se vuelven desordenados y ruidosos, luego se adormecen y tropiezan y a veces se caen de los árboles y se lastiman. Si hacemos la equivalencia entre el alcohol que toman y su peso, son capaces de tomar el equivalente a dos botellas de vino en treinta minutos. Pero son un caso raro. Para la mayoría de los animales no hay alcohol suficiente para emborracharse, a menos que un amable científico te atrape, te ponga en un laboratorio y te provea.

Los animales borrachos son bastante divertidos y uno no puede evitar imaginar que los científicos que gastan su tiempo preparando experimentos cuidadosamente para ver cómo afecta el alcohol los cerebros y el comportamiento de nuestros cuadrúpedos primos están riéndose entre dientes todo el tiempo. ¿Qué sucede cuando le das una caña a una rata, o incluso un suministro ilimitado de alcohol? ¿Qué pasa si le das una barra libre a una colonia entera de ratas? Son bastante civilizadas, de hecho, pero no los primeros días. Los primeros días se vuelven un poco locas, pero luego la mayoría de ellas se asienta y bebe solo dos tragos al día: uno justo antes de comer (el que los científicos llaman “la hora del cóctel”) y otro justo antes de dormir (“la última copa de la noche”).

* ABV: *Alcohol by volume*. Se refiere a la medida para determinar la cantidad de alcohol contenida en una bebida alcohólica (N. del traductor).

Cada tres o cuatro días hay un alza en el consumo de alcohol porque todas las ratas se reúnen para celebrar sus pequeñas fiestas de rata. Todo suena idílico, y serías perdonado por desear haber nacido rata, pero debes recordar dos cosas: primero, no todas ellas tienen tanta suerte como para ser llevadas a un laboratorio y, segundo, hay un lado oscuro en la embriaguez de los roedores. Las colonias de ratas suelen tener un macho dominante, el Rey Ratón. El Rey Ratón es abstemio; el consumo de alcohol es mayor entre los machos de menor estatus. Beben para calmar los nervios y olvidar sus miedos. Beben, al parecer, porque son unos fracasados.

Y este es uno de los mayores problemas al estudiar la borrachera animal. Es tan estresante ser encerrado, pinchado y empujado, que los pobres tontos tomarán cualquier cosa intoxicante que les des. Y, para ser justos, funcionaría igual si fuera al revés. Si yo fuera capturado por un grupo de orangutanes y estos me arrastraran al dosel de la selva de Borneo y me dieran martinis secos, probablemente me los bebería, sobre todo porque me dan miedo las alturas.

Así que los científicos tienen que encontrar sutiles formas de darles alcohol a los animales sin que estos se alarmen. Esto es cierto sobre todo en el caso de los elefantes, porque nadie querría alarmar a un elefante borracho bajo ninguna circunstancia. Se vuelven violentos. Hubo un caso en India, en 1985, en el que una manada de elefantes se las arregló para entrar en una destilería, y eso no terminó muy bien. Había ciento cincuenta elefantes y todos se pusieron borrachos peleadores y armaron alboroto. Botaron siete edificaciones de concreto y pisotearon a cinco personas, a las que mataron. Francamente, un solo elefante borracho es demasiado. Ciento cincuenta es del todo problemático. Uno puede hacer estas cosas de una manera mucho más controlada en una reserva de vida salvaje. Cargar un par de barriles de cerveza en la parte trasera de una

camioneta, conducir hasta algún lugar cercano a los elefantes, quitar las tapas y dejarlos tomar un sorbo. Usualmente hay algunos empujones, y los elefantes mayores se toman la mayor parte. Luego puedes observarlos tropezar y quedarse dormidos y todo es bastante divertido. Pero incluso esto puede salir mal.

Un científico que permitió que un toro se enfadara demasiado, de pronto se vio obligado a intervenir en una pelea entre un elefante que estaba como una cuba y un rinoceronte. Por lo general, los elefantes no atacan a los rinocerontes, pero la cerveza los vuelve agresivos.

Es mucho más seguro dedicarse a las hormigas. Hubo una teoría que decía que las hormigas tenían contraseñas. Las hormigas viven en colonias, y no dejan que ningún extraño de otras colonias entre en la suya. Esto plantea la interrogante de cómo saben quién es quién. La teoría de la contraseña era un poco extraña, pero fue razonablemente popular entre caprichosos naturalistas victorianos hasta que fue completamente desbaratada por Sir John Lubbock, primer barón de Avebury, quien llevó a cabo algunos experimentos en la década de 1870:

Se ha sugerido que las hormigas de cada hormiguero tienen algún signo o contraseña por la que se reconocen unas a otras. Para probar esto, volví insensibles a algunas. Primero lo intenté con cloroformo, pero era fatal para ellas, y consideré que esta prueba no era satisfactoria. Decidí intoxicarlas. Esto fue menos fácil de lo que imaginé. Ninguna de mis hormigas quiso degradarse voluntariamente emborrachándose. Sin embargo, superé esta dificultad sumergiéndolas en whisky por un momento. Tomé cincuenta especímenes, veinticinco de un hormiguero y veinticinco de otro, y los dejé muertos de borrachos. Hice una marca de pintura en cada uno de

ellos y los puse en una mesa en la que otras hormigas de uno de los nidos estaban comiendo. Estas parecían bastante asombradas de encontrar a sus camaradas en una situación tan deshonrosa y tan perdidos respecto de qué hacer con sus borrachos como nosotros lo estamos. Después de un rato, sin embargo, para resumir, las tomaron a todas y las llevaron lejos: las extrañas fueron arrastradas al borde del foso y lanzadas al agua, mientras que sus amigas fueron llevadas al hormiguero, donde durmieron bajo los efectos del espíritu. Así, es evidente que reconocen a sus amigas incluso cuando estas no pueden dar ninguna señal o contraseña.

Esto puede sonar tonto y antojadizo, pero las semejanzas entre la embriaguez humana y la animal realmente influyeron en los grandes avances de la biología victoriana. Charles Darwin pensó que los simios borrachos eran divertidos —y lo eran—, pero también que eran significativos. Le encantaba oír sobre cómo cazar un babuino:

Los nativos del noreste de África atrapan a los babuinos dejándoles por ahí recipientes con cerveza fuerte, con lo que los emborrachan. [Un zoólogo alemán] observó a algunos de estos animales en este estado, los que mantuvo encerrados, y él nos ofrece un gracioso reporte de sus comportamientos y sus extrañas muecas. La mañana siguiente estaban muy confundidos y tristes, sostenían sus adoloridas cabezas con las dos manos y tenían la más lamentable de las expresiones. Cuando se les ofrecía cerveza o vino se volteaban con disgusto, pero disfrutaron de una limonada. Un mono americano —mono araña—, después de emborracharse con brandy no volvió a tocar este licor nunca más, siendo así más sabio

que muchos hombres. Estos hechos insignificantes prueban cuán similares deben ser los nervios que controlan el gusto de monos y humanos.

Si monos y humanos reaccionan igual a las resacas, pensó Darwin, deben estar emparentados. Esta no fue su única prueba, pero fue un comienzo, y es también precursora de una teoría mucho más reciente sobre nuestro linaje peludo.

La hipótesis del mono borracho

Los humanos están diseñados para beber. Somos realmente buenos para eso. Mejores que cualquier otro mamífero, excepto tal vez por la musaraña de Malasia. Nunca compitas con una musaraña malasia por quién puede beber más o, si lo haces, no dejes que te insista que ajustes por peso corporal. Ellas pueden tomar nueve copas de vino y no por eso ser las más borrachas de la fiesta. Eso es porque evolucionaron para sobrevivir en néctar de palma fermentado. Durante millones de años la evolución ha estado seleccionando naturalmente a las musarañas con más resistencia al alcohol y ahora son las campeonas. Y eso mismo pasó con nosotros. Evolucionamos para beber. Hace diez millones de años nuestros ancestros bajaron de los árboles. Por qué lo hicieron no está del todo claro, pero puede que lo hayan hecho buscando la hermosa fruta madura que se encuentra en el suelo. Esa fruta tiene más azúcar y más alcohol, así que desarrollamos olfatos que pudiesen oler el alcohol a distancia. Esa era la señal que nos guiaba hacia el azúcar.

Esto nos lleva a lo que los científicos conocen como el “efecto aperitivo”. El sabor del alcohol, el olor del alcohol,

nos produce hambre. Si lo piensas, es un poco extraño. El alcohol contiene un montón de calorías, ¿por qué consumir algunas calorías te haría querer más? La gente te dirá que un poco de gin con tónica estimula el sistema digestivo, pero eso no es verdad. Podrías administrar el alcohol por una sonda intravenosa y conseguirías el mismo efecto. Tampoco es que las personas que están a dieta pierdan el control sin más. El alcohol activa en el cerebro una neurona en particular¹ que te da un hambre terrible. Es la misma neurona que se dispara cuando te estás muriendo de hambre *realmente*. Y esto es de una lógica implacable para alguien de hace diez millones de años: estás revolcándote en el suelo, en el bosque, sintiéndote un poco nostálgico por las copas de los árboles, cuando hueles algo hermoso: fruta pasada. Sigues el aroma y encuentras un gran melón, o lo que sea. Es más de lo que puedes comer cómodamente en una sola sentada, pero lo harás de todas maneras. Puedes almacenar todas esas calorías como grasa, y quemarla después. Así que ahora tienes un sistema de retroalimentación: cada bocado te da un poco de alcohol, el que va a tu cerebro y te hace sentir cada vez más hambriento, así que comes más y eso te hace querer comer más y, como resultado, quinientas mil generaciones después, tu descendiente, tambaleándose desde el pub hacia su casa, decide que moriría por un kebab.

Pero volvamos diez millones de años atrás. El alcohol nos llevó hacia nuestra comida, el alcohol nos hizo querer comer nuestra comida, pero entonces necesitamos procesar el alcohol, porque de otra manera nos convertiríamos en comida para alguien más. Ya es lo suficientemente difícil combatir a un depredador prehistórico cuando estás sobrio, pero intentar

1 La neurona hipotalámica AgRP, para ser preciso. No es que tenga idea de lo que es.

darle a un tigre dientes de sable cuando estás borracho es una pesadilla.

Y ahora que le tomamos el gusto, necesitamos —evolutivamente— desarrollar un mecanismo de supervivencia. Hubo una mutación genética en particular que nos hizo procesar el alcohol casi tan bien como la musaraña malasia. Tiene que ver con la producción de una encima específica². Los humanos (o los ancestros de los humanos) tuvieron, repentinamente, la capacidad de beber mucho más que todos los otros simios. El diez por ciento de la maquinaria enzimática del hígado de un humano moderno está dedicada a convertir el alcohol en energía.

Pero hubo un avance final que es el más importante de todos para nosotros: cómo bebemos. Los humanos bebemos socialmente. Ofrecemos alcohol a nuestro grupo. Nos ponemos todos cálidos y amistosos y le decimos a la gente que son nuestros mejores amigos y que los amamos y toda esa sarta de cosas. Lo más interesante de la hipótesis del mono borracho es que es todo programación evolutiva. Disfrutamos el alcohol porque es nuestra recompensa por haber ingerido todas esas calorías. Compartimos con nuestro grupo porque es lógico, para los simios, alimentar a sus familias y manada. Bebemos juntos porque nos provee protección de los depredadores. Un solo humano borracho es una presa, pero veinte humanos borrachos harían que el más hambriento de los tigres diente de sable se lo pensara dos veces.

Ahora, esa última es la parte más especulativa de la teoría, pero es bastante convincente. Los humanos somos los campeones de los borrachos y la hipótesis del mono borracho nos explica por qué. Aunque debo señalar que no todos los biólogos están de acuerdo. Incluso hay quienes creen que la

2 Alcohol deshidrogenasa de clase IV con etanol activo (ADH4), para ser preciso. No es que tenga la mínima noción de lo que es.

evolución son tonterías y que, en cambio, fuimos creados por una benevolente deidad. Creacionistas y evolucionistas tienen una incivilizada tendencia a reñir, pero sus distintos trayectos tienen un mismo destino. Sabido es que Benjamin Franklin, padre fundador de los Estados Unidos, observó que la existencia del vino era una “prueba de que Dios nos ama y ama vernos felices”. Pero en la misma carta hizo una significativa observación sobre anatomía humana:

Para reafirmar aun más tu piedad y gratitud con la Divina Providencia, reflexionemos sobre la situación que se le ha dado al codo. Puedes ver, en los animales que están destinados a beber las aguas que corren sobre la tierra, que si tienen piernas largas, poseen también un cuello largo, y así pueden obtener su bebida sin arrodillarse. Pero el hombre, que estaba destinado a beber vino, fue hecho de manera que puede levantar la copa hasta su boca. Si el codo hubiese sido puesto más cerca de la mano, la parte anterior hubiese sido demasiado corta como para llevar el vaso a la boca, y si hubiese estado más cerca del hombro, esa parte habría sido tan larga que cuando hubiese intentado llevar el vino a la boca, se habría ido más allá de la cabeza... pero gracias a la situación real del codo estamos capacitados para beber a gusto, y llevar el vaso directamene a nuestra boca. Permítannos, entonces, con una copa en la mano, adorar esta sabiduría benevolente. ¡Permítannos adorar y beber!

Asimismo, Franklin argumentó que el diluvio de Noé tenía la intención de castigar a la humanidad por beber agua, al tratar de ahogarnos en ella. Pero como sea que lo veas —evolución o divinidad—, estamos diseñados para beber.